



# CLUB DE RITMO

Publicación n.º 11

Granollers, Marzo 1947

## Lo que opinan nuestros MUSICOS...

### Antonio Dalmau

Cuando muchos años atrás la popularidad de la *orquestrina* «Mickey-Jazz» iba viento en popa, surgió un intercambio de trompetas y en este intercambio hizo su debut Antonio Dalmau, recién salido de nuestra Escuela Municipal de Música, de cuya institución salían músicos como por arte de encantamiento, pulcramente trabajados. Lo demás iba por cuenta propia de los interesados.

Fueron profesores de Dalmau, Godo y Amadeo Rovira. Pero al hacer el «fichaje» por la orquesta «Mickey», Dalmau se cruzó un poco de brazos al estudio, porque tenía la preocupación de que en su cartera brillaba un espléndido repertorio de bailables. Además, era cuestión de *espolear*, ya que fué el sustituto de un tal Rodríguez, que en aquel entonces era un gran conocedor e intérprete de la música moderna. Los compañeros de Dalmau bautizaron a éste pomposamente como el «trompeta del labio de hierro», con mucho acierto, ya que cualidades no le faltaban ni le faltan aún, si quisiera demostrarlas.

Después de haber cumplido el servicio militar, ingresó en la orquesta «Iberia», de la cual aún está defendiendo el pabellón.

Desde los quince años que actúa co-

mo músico y es desde la misma edad también que está trabajando en el «ahorro» y metido entre rejas como un penitenciario burócrata—con perdón, amigo,—pero con un sueldo que muchos envidiarían. *Gentleman*, con su americana *dernier cri*, corbatas y stock de camisas última moda, Dalmau, viéndolo, me recuerda, con su baja estatura, gordito, su andar lento, pausado, como si no hiciera caso del reloj, a aquellos «tippes» de millonarios franceses de las películas vodevilesas, con los cuales tanto nos habíamos familiarizado.

Simulando, pues, que iba a informarme sobre la concesión de un crédito—que aunque fuera verdad no sabría en qué invertirlo—o bien a realizar una imposición en una libreta de ahorro, me personé lo más elegante posible — cuestión de detalle — en el magnífico edificio de la Caja de Ahorros.

Dalmau me recibió primeramente como cliente, dándome a conocer las ventajas de las operaciones que pueden realizarse en la casa, haciéndome recordar que todos llegamos a la vejez sin darnos cuenta, que mi cara se arrugaba cada día más y que mis párpados inferiores empezaban a abultar, que empezaba a tener muchas canas, etc.

No era esa mi finalidad y *esquivé* el tema—un poco amargo—por el que Dalmau quería interesarme, preguntándole: